

La Economía Venezolana y la Cultura de Izquierda

4ta. Edición

Emeterio Gómez

Presentación

Conocí a Emeterio Gómez hace apenas dos años y tan corto tiempo este insigne economista se ha convertido no solo en uno de mis columnistas de opinión favoritos, en el Diario de Caracas, sino que lo ha considerado miembro del muy reducido grupo de venezolanos que claramente ha sabido analizar e interpretar la manera como el intervencionismo estatal ha producido un profundo deterioro económico, social y político en nuestro país

Emeterio Gómez tiene especial merito por haberse formado en los círculos universitarios de izquierda y haber tenido la integridad intelectual de rechazar al marxismo y al socialismo colectivista cuando se dio cuenta que ese no era el mejor camino para el progreso económico y social de los ciudadanos menos afortunados.

El más reciente libro de Emeterio Gómez, Socialismo y mercado, está siendo actualmente traducido por Cedice al inglés, con el propósito de que se publique el año próximo en Estados Unidos.

Los lectores de esta monografía comprobaran la agudez intelectual del autor y su gran habilidad en el análisis de temas complejos, utilizando siempre un lenguaje diáfano, al alcance de la generalidad de los lectores. Esto en sí ya coloca a Emeterio Gómez entre los más destacados miembros de su profesión, quienes dominan de tal forma sus temas y argumentación que no requieren de obscura

fraseología con la cual impresionar y, quizás, confundir al lector.

Emeterio Gómez es un maestro, en todo el sentido de la palabra, que está teniendo una profunda influencia entre los jóvenes estudiantes de hoy, quienes en creciente cuantía impugnan la ideología del Establishment intelectual y político venezolano. “La economía venezolana y la cultura de izquierda” es quizás la mejor introducción a este valiente, original y brillante autor.

Carlos A. Ball M.

Septiembre de 1986

I.- LA ECONOMIA VENEZOLANA Y LA CULTURA DE IZQUIERDA

LA ECONOMIA VENEZOLANA Y LA CULTURA DE IZQUIERDA

Intentaremos en estas notas razonar en términos hipotético-deductivos. Porque asumimos que en ello radica una de las diferencias entre culturas avanzadas y atrasadas. Estas últimas están acostumbradas a pensar en términos categóricos (es decir, no hipotéticos); y por ello pretenden siempre captar la “realidad misma” o la “verdadera realidad”, como si esta fuese aprehensible en forma inequívoca o inmediata.

Aquellas son avanzadas, entre otras cosas, porque han descubierto que más allá del sentido y la vida cotidiana, la única forma de pensar la realidad en serio, es a través de construcciones teóricas hipotéticas. Algo similar ocurre con las ideologías. El militante de una ideología primitiva dirá que “los capitalistas explotan a los obreros”; alguien que haya descubierto que el pensamiento racional solo tiene sentido si se lo construye a partir de supuestos, dirá que “los capitalistas explotan a los obreros, si asumimos como validos los siguientes conceptos previos...”

Ser de izquierda supone, por lo general, razonar en términos categóricos; en tanto que el descubrimiento de la dimensión hipotética de lo real tiende a debilitar considerablemente las posiciones izquierdistas.

La sociedad capitalista moderna que pugna por emerger en Venezuela, sólo podrá hacerlo si cuenta con una infraestructura intelectual capaz de superar el pensamiento categórico. Solo así podemos enfrentar dos de los obstáculos fundamentales que se oponen al surgimiento de dicha sociedad: el predominio entre nosotros de una cultura de izquierda y la persistencia de algunos factores económicos estructurales capaces de impedir el desarrollo de nuestras actividades no petroleras. Lo que sigue es un esfuerzo por

explicitar las conexiones que indudablemente existen entre estos poderosos obstáculos.

1- LA CULTURA DE IZQUIERDA: Un criterio básico que pretende sintetizar

Entendemos por cultura de izquierda, esa confusa mezcla de multitud de elementos, de marxismo, teología de la liberación, populismo, keynesianismo, paternalismo estatal y proteccionismo que tan claramente domina en la sociedad venezolana. Que no es ni remotamente exclusividad de la llamada izquierda, ni aun del sindicalismo, como pudiera pensarse sino que permea profusamente a COPEI, AD y a nuestros ambientes culturales e intelectuales, alcanzando, por paradójico que parezca a los sectores empresariales.

Por cuanto no podemos desarrollar aquí en extenso las características de esta cultura, nos limitaremos a destacar un elemento que resume mucho de ella. Nos referimos a la concepción económica dominante, en la cual brillan radicalmente por su ausencia categorías como el costo de oportunidad, las ventajas comparativas y la asignación eficiente de recursos escasos.

La noción de costo que domina entre nosotros es la de costo material o físico. Un bien cuesta según la cantidad de insumos que requirió y no según los usos alternativos de dichos insumos, no según el rendimiento que ellos hubiesen producidos en otras actividades. Pasar de la noción de costo material a la de costo de oportunidad, guarda una muy estrecha analogía con la situación de los juicios categóricos por juicios hipotéticos que, tal como hemos señalado, marca la diferencia entre una cultura atrasada y una avanzada. Es posible y hasta

frecuente encontrar derechistas que razonen en términos de costo material, pero es muy difícil que un izquierdista siga siéndolo si asimila la noción de costo de oportunidad.

Nada más frecuente que oír a industriales, dirigentes obreros y aún economista, decir cosas tales como: “para incrementar la productividad es necesario disminuir la capacidad ociosa de las plantas, mejorar las vías de comunicación, reducir el desperdicio de materia prima, reciclar los desechos y elevar la capacitación de la mano de obra”. Por doquier, la productividad física centrada en los costos materiales; por ningún lado, la productividad económica; aquella que se funda en el costo de oportunidad, en lo que cuesta producir un bien en relación a lo que se requiere para producir otros.

Con la noción de ventajas comparativas ocurre otro tanto. Por vericuetos que no alcanzamos a precisar, pero que de alguna forma fueron diseñados por la CEPAL (antiguo refugio para todo tipo de izquierdismos), se impuso en Venezuela, en los años sesenta, la idea según la cual se podía industrializar un país, manteniendo un sistema proteccionista capaz de impedir que las más mínima competencia externa afectase a una industria local ineficiente.

Desde Adam Smith estaba planteada en la teoría del comercio internacional la tesis de la “industria incipiente”. Si se supone que una determinada actividad puede llegar a competir internacionalmente por que goza de ventajas comparativas, aunque en un principio estas sean solo potenciales, sería tonto no establecer una fuerte protección que permita desarrollar tal industria.

Pero nosotros, tercermundistas militantes, no podíamos conformarnos con semejante teoría, seguramente desarrollada por “las fuerzas de la reacción”. O con un razonamiento más sofisticado y elegantísimo, “no podíamos trasladar a nuestros países experiencias y teorías que solo tenían sentido en países desarrollados”. O esta otra perla de la rebeldía teórica, “teníamos que desarrollar soluciones adecuadas a nuestra especificidad”. Y nos lanzamos entonces a un proceso de industrialización que jamás se planteó siquiera la idea de ventajas comparativas y que se caracterizó por dos monstruosidades; una, se trataba de proteger a todas las industrias, por ineficientes que fuesen; de producir todo lo que en Venezuela se pudiese producir (obsérvese aquí la clara presencia de la noción de costo físico o material) y no lo que fuese más barato en relación a otros bienes y a otros países (costo de oportunidad). Y, dos, una consecuencia evidente de lo anterior; por definición, no se establecía la protección mientras una industria determinada desarrollaba sus potenciales ventajas comparativas, se establecía para siempre.

Fue en esta larga tradición proteccionista lo que nos produjo la inefable tristeza, hace un par de años, de oír a un industrial nuestro decir: “no puedo entender como el gobierno permite la importación de sardinas ecuatorianas, cuando todo el mundo sabe que sus costos de producción son la mitad de los nuestros”.

2- LA CULTURA DE IZQUIERDA: Dos de sus expresiones más conspicuas

Para completar este breve bosquejo, repasemos ahora dos de las formas más fuertes a través de las cuales se

expresa la cultura de izquierda: la defensa de la gratitud y el empeño en oponer capital y trabajo.

2.1 Las Consecuencias Económicas de la Gratuidad

Parodiando el título de un libro de John Maynard Keynes, Las consecuencias Económicas de la Paz, podría hablarse de las nefastas consecuencias de la provisión de bienes y servicios gratuitos. Nada caracteriza mejor a un izquierdista, que creer que porque se proporcione a la población de bajos ingresos vivienda, educación y salud gratuita o a precios inferiores a sus costos, se está con ello “mejorando la distribución del ingreso”. Nada hace más daño a los pobres de un país que la provisión gratuita de bienes y servicios. No por los efectos morales que ello pueda comportar, sino por sus consecuencias estrictamente económicas. La gratuidad, más allá de la mejoría que puede significar a muy corto plazo, lo único que logro es incrementar la “oferta de pobres”, la cantidad de ellos, con lo cual el nivel de vida y la calidad de servicios caerá y la distribución será siempre peor de lo que era antes.

Mientras más por debajo de sus costos estén vivienda, salud y educación, mientras más subsidio al desempleo y más programas para generar empleos improductivos haya, más lograremos atraer campesinos hacia la ciudad. Y no cabe esperar que el problema cese cuando todos ellos se hayan convertido en marginales. Mucho antes que esto ocurra, todos los pobres de Colombia, Haití y República Dominicana. Se habrán movilizadado hacia Venezuela, para competir por aquellos recursos gratuitos que de esta forma, no importa cuan abundantes sean, devendrán escasos.

A la luz de todo esto y en relación con ello, no dejan de resultar simpáticas esas propuestas de Pleno Empleo que se hacen en las campañas electorales y que Carlos Andrés Pérez decidió llevar a la práctica, a través de la creación de una masa gigantesca de empleos improductivos y artificiales; fenómeno este que, es apenas una variante de la gratuidad.

En un rasgo clásico de la cultura izquierda esa ingenua creencia según la cual se puede lograr el Pleno Empleo. Los obreros e izquierdistas europeos descubrieron, hace ya mucho tiempo (en una clara analogía en la forma en que la gratitud atrae pobres), que el incremento en la demanda de trabajo solo logro atraerle la mitad de África del Norte, del Sur de Italia, de Yugoslavia, Portugal o España. Ello para no hablar del mismo fenómeno que se produce por la afluencia masiva de mano de obra latinoamericana hacia los Estados Unidos.

Cabe observar, sin embargo, la diferencia que existe entre que esto ocurra en Europa y Norteamérica, cuando un aparato industrial y de servicios se está expandiendo y requiere fuerza de trabajo, a que ocurra porque un Estado ha decidido subsidiarlo todo, conceder gratuitamente lo que reste y crear cualquier cantidad de empleos artificiales.

Con esto del Pleno Empleo y las migraciones se produce una especie de "ilusión laboral" en lugar de monetaria: la izquierda cree que ofrecer empleos artificiales y bienes gratuitos mejora la distribución del ingreso, en tanto que los industriales y empresarios saben que ello sólo servirá para abaratar el costo de la mano de obra por la afluencia de obreros extranjeros. Es así que asistimos hoy al triste espectáculo de ver como

abanderados o simplemente “compañeros de viaje de la izquierda”, que siempre clamaron por políticas redistributivas, vivienda gratuita y “empleo seguro para todos², se quejan desconsoladamente porque “no hay obreros extranjeros desempleados”. Y se extrañan porque casi absolutamente todos los desocupados son venezolanos. Y no entienden por qué los malvados antipatriotas empresarios prefieren emplear extranjeros que aceptan salarios más bajos y no exigen prestaciones sociales dobles ni muchos menos “inamovilidad laboral”.

2.2 La Oposición entre el Capital y el Trabajo

Hay como en todo, dos maneras de concebir la relación entre el capital y el trabajo. La cultura de izquierda asume, sumariamente, que existe entre ellos una posición antagónica o, más en cristiano, que toda ventaja o beneficio para alguno de los dos, no sólo significa sino que proviene de una desmejora del otro.

Lo que esta ideología no puede comprender es que se trata de un juicio hipotético; ello es verdad, si asumimos que nos estamos refiriendo tan solo a una fase o etapa del proceso económico, a la distribución de una cantidad dada de riqueza. Es sencillamente de Perogrullo: si de repartir un monto fijo se trata, cualquier incremento en la masa de ganancias, sólo podrá provenir de una disminución de los salarios. No tiene sentido invertir un segundo discutiendo una verdad estrictamente analítica.

Lo que la cultura de izquierda no alcanza a comprender (¿a quién cree la burguesía que va a engañar con eso de los razonamientos hipotéticos ¿), es que lo que considera una verdad absoluta, que “los intereses de los obreros son opuestos a los de los empresarios”, es

apenas una versión sesgada de la realidad, cuya génesis es muy fácil de rastrear en la historia de las ideas: ella fue impuesta profusamente en la cultura occidental por Marx, quien la tomó de David Ricardo, un economista inglés cuya teoría económica estaba centrada casi exclusivamente en la distribución del ingreso. A partir de este enfoque el tenía razones más que suficientes para creer que lo que fuese bueno para el capital sería malo para el trabajo. Su sucesor alemán que nunca supo de los juicios hipotéticos deductivos, creyó que se trataba de una verdad absoluta y, para desgracia de la humanidad, así lo transmitió hasta hoy a la cultura de izquierda.

Cuando en lugar de distribuirla se trata de crear riqueza, los intereses del capital y del trabajo, de contrapuestos se trastocan en complementarios. Cualquier elevación de la tasa de salarios que supere los incrementos de la productividad y amenace la tasa de ganancia, se traducirá en simple pérdida del empleo por quiebra de la empresa. Y, al revés, la elevación de la ganancia, siempre y cuando se traduzca en expansión de la inversión, terminará incrementando la demanda de trabajo y en consecuencia el empleo y los salarios.

No se nos escapa, por supuesto, el que todo proceso de producción de riqueza conlleva inherentemente a su distribución y que en ese momento aflorará en forma recurrente a la oposición capital-trabajo. De lo que se trata es de afrontar esta tensa relación inteligentemente y no a partir de la primitiva idea según la cual, en términos absolutos, todo lo que signifique una ventaja o beneficio para el empresario proviene de un perjuicio para el obrero.

La cultura de izquierda, en la medida en que convierta la oposición capital-trabajo en un dogma, en la medida en que pone el énfasis en la distribución de la riqueza, obstaculiza su producción. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en toda esa ideología que ha desarrollado en Venezuela a partir del 18-02-1983 y que se resume en el deseo de que la economía se reactive pero, al mismo tiempo, en la exigencia de que se “reparta por igual el peso de la crisis”. Como si el capital y el trabajo entraran al proceso productivo en las mismas condiciones en que lo hacen al distributivo. Todo ello sin comprender que en este último caso se trata de dos entes equivalentes que, con iguales derechos, exigen su cuota-parte de un producto; pero que tienen naturalezas totalmente disímiles en cuanto al proceso productivo se refiere, por cuanto si no se garantiza un cierto régimen margen de ganancia que los empresarios (y no el gobierno) juzguen adecuado, simplemente no habrá empleo ni salario.

Todo este conjunto de relaciones entre trabajo, capital, distribución y producción, que es válido en general, se torna más que evidente en Venezuela, por que el proceso económico ha consistido fundamentalmente hasta hoy en la distribución de una riqueza y de un ingreso producido por la industria petrolera. Por lo que a este proceso se refiere, los intereses de obreros y empresarios están, para solaz de la cultura de izquierda, obviamente contrapuestos. Nuestro problema fundamental, si queremos desarrollar la economía no petrolera (8 en cuyo caso el objetivo no es distribuir sino producir e impulsar el crecimiento económico), es como evitar que se traslade a esta la oposición entre el capital y el trabajo que la cultura de izquierda se empeña en

ahondar y que solo tenía sentido en los textos de Ricardo y Marx.

3.- Evaluación de la economía venezolana en el período 1974-1983

Cualquier opinión sobre las perspectivas de la economía venezolana tiene que fundarse en una evaluación, por somera que sea, de los intensos procesos y transformaciones que se produjeron en los diez años de gobierno de Carlos Andrés Pérez y Luís Herrera Campins. No solo porque la crisis que estalló el 18-02-1983 y que aun nos afecta, se gestó en dicho período; tampoco porque cualquier afán de explicación rigurosa tenga forzosamente que apelara a la historia, sino porque en los actuales momentos (septiembre de 1985) Venezuela se encuentra en una encrucijada, uno de cuyos caminos consiste en cometer los mismos errores y en repetir el mismo esquema de la política económica dominante en aquel período.

La crisis que se hizo patente el 18-02-1983, caracterizada por una pérdida masiva de reservas internacionales, una caída sostenida y drástica de inversión privada, y un estancamiento o disminución del PTB, puede ser atribuida a casusas externas tales como el descenso de los precios del petróleo o la elevación de las tasas de interés; puede ser atribuida también a casusas estructurales o, más científicamente, al reacomodo del capital trasnacional. Todo ello es cierto, pero en nuestra opinión, la causa fundamental de la crisis hay que buscarla en los graves errores de política económica cometidos durante ambos quinquenios. Errores que, en buena medida, se relacionan con la cultura de izquierda dominante en nuestro país. Ninguna causa externa o

estructural obligaba a Carlos Andrés Pérez y a su gabinete económico a suponer que se podían violar impunemente, y al mismo tiempo, todos los equilibrios macroeconómicos básicos. Difícilmente una economía puede soportar intensos y simultáneos desequilibrios en la balanza de pagos, el presupuesto fiscal y el sector monetario, tal como ocurrió en aquel quinquenio. La economía norteamericana actual es un buen ejemplo de ello: un abultado déficit tanto en el presupuesto fiscal como en la cuenta corriente de la balanza de pagos, es compensado por un riguroso control de la oferta monetaria y un superávit en la cuenta capital.

El que nuestras importaciones llegasen, en 1977, a cerca del 40% del PTB; la plena ocupación lograda a base de empleos improductivos y artificiales; y el sistema de prestaciones dobles son errores demasiado gruesos que no pueden ser atribuidos a los torvos designados imperialistas de la banca internacional. Son fallas profundas en la concepción de la política económica, estrechamente ligadas al keynesianismo y a las teorías cepalinas del crecimiento, expresiones ambas de una cierta cultura.

Por supuesto, que tampoco la banca internacional, la Prime Rate o la Libor, obligaban a Luís Herrera Campins y a su Ministro de Hacienda y Presidente del Banco Central a carecer de políticas económicas o, lo que es peor, a escenificar aquel “histórico” show entre Arturo Sosa y Díaz Bruzual. El estímulo oficial a la salida de capitales, porque de esa forma era posible el control de la inflación, pasara a la historia como una de nuestras grandes proezas épicas.

Pero no es para lamentarnos ni aun para identificar a los responsables de la crisis, que hacemos este recuento. Lo hacemos porque actualmente tenemos ante nosotros la posibilidad de repetir los errores y el enfoque de esos diez vergonzosos años. Los dos ingredientes esenciales están todavía allí, impasibles:

1) La búsqueda de una salida keynesiana a la crisis, caracterizada por la expansión del gasto público que de mantenerse una estructura fija de tipos de cambio (apenas modificable en la pequeña proporción en que lo haga el dólar libre), llevara de nuevo, y más pronto que tarde, a la sobrevaluación del bolívar. Esto liquidara a su vez cualquier intento de apertura de la economía venezolana a la competencia en los mercados internacionales, con lo cual, todo esfuerzo por elevar la productividad y la eficiencia será inútil. Y, 2) un elemento que no hemos mencionado hasta ahora, que es distinto de la cultura de izquierdo pero que ha sido evidentemente influenciado por ella: la carencia de una infraestructura intelectual capaz de instrumentar una política económica compleja, es decir, que vaya más allá de lo que está siempre ha significado para nosotros; más allá del puro incremento del gasto fiscal, del mantenimiento de un tipo de cambio fijo, la determinación de las tasas de interés por el BCV, los controles de precios y los subsidios a granel, etc. Esta poderosa combinación de carencia de economistas (y en consecuencia de política económica) y cultura de izquierda tendrá mucho que ver con el camino que tomemos en la presente encrucijada, con la solución que demos a dos de los complejos problemas estructurales que confrontamos y que a continuación analizamos.

4.- La influencia del petróleo sobre la tasa de cambio

Los problemas fundamentales de la economía venezolana derivan en gran medida de la coexistencia de un

sector petrolero, altamente productivo y de un conjunto de otros sectores cuya productividad es muy baja. La vieja consigna de "Sembrar el petróleo" se traduce hoy en una pregunta clave: ¿Cómo desarrollar la economía no petrolera, dado el fuerte impacto negativo que el petróleo ejerce sobre ella?

En estas notas nos limitamos a comentar dos aspectos de dicho impacto: la influencia sobre la tasa de cambio y la que se ejerce sobre la tasa de salarios.

Para introducir el primero de ellos, cabe detenernos un tanto en un problema que pertenece todavía a la esfera de la política económica, pero que guarda una estrecha relación con problemas de carácter más estructural. Nos referimos a la política (o a la carencia de ella) que nos llevo a mantener un tipo de cambio fijo, aún cuando desde 1974, a raíz del boom petrolero, se desarrolla en Venezuela un moderado pero sostenido proceso inflacionario.

Si el tipo de cambio nominal se mantiene fijo mientras los precios internos crecen más que los externos, se estará revaluando el tipo de cambio real, es decir, el que resulta de comparar lo que un bolívar puede comprar aquí con lo que puede comprar en el exterior. Cada vez será más conveniente viajar a Miami, es decir, cada vez resultara más fácil importar y más difícil exportar.

En un principio aproximadamente entre 1974 y 1979, el problema no revistió mayor gravedad porque nuestra inflación se mantuvo por debajo del diez por ciento y, sobre todo, porque la de los Estados Unidos y Europa, con quienes principalmente comerciamos, era más alta. Pero a partir de 1980 se produjo un fuerte movimiento contrapuesto, nuestra tasa de inflación creció aceleradamente en tanto que los países industrializados iniciaban un drástico control de la suya. Como consecuencia de ello el tipo de cambio real se revaluó

rápidamente y apareció el ahora bien conocido fenómeno de la sobrevaluación del bolívar.

En alguna medida este fenómeno existió desde que la economía venezolana se hizo petrolera, puesto de la abundante oferta de dólares imponía una tasa de cambio que no guardaba relación con el resto de la economía. Durante décadas el dólar se cotizó a bolívares 3,35 (en todo caso por debajo de 4 bolívares), cuando para la economía no petrolera debió siempre estar por encima de 12, para decir lo menos.

Este dólar altamente sobrevaluado tenía una gran virtud y una gran desventaja. Favoreció ampliamente a los consumidores venezolanos, puesto que permitió adquirir en el exterior y a precios muy bajos cualquier cantidad, calidad y diversidad de productos, pero eliminó parcialmente la posibilidad de exportar todo lo que no fuese petróleo. Como consecuencia de ello, para que el consumidor venezolano los precios no crecieron parcialmente hasta 1974 (gracias a la voluminosa oferta de bienes importados), pero nuestros productores pudieron sobrevivir únicamente por el elevado proteccionismo al que antes aludimos.

Aun con el dólar a 4,30 es factible suponer que, para el sector petrolero, el bolívar estaba subvaluado. La productividad de nuestra principal industria, por razones obvias, pero tenía que envidiar a la norteamericana, por lo cual, en lo que al petróleo se refiere, el valor del dólar pudo perfectamente ubicarse en tres bolívares o en menos. Para el resto de los sectores, por el contrario, dada esta cifra, la casi totalidad de ellos no tenía posibilidades de competir con el extranjero. El problema consiste que si se subvalúa el dólar no petrolero, para incentivar nuevas exportaciones, se subvaluará más aún el dólar petrolero. Y si esta última subvaluación llegase a ser desproporcionada, todo el proceso carecería de sentido

puesto que estaríamos simplemente renunciando a la capacidad de compra en el exterior que nos da el petróleo. Esta dualidad de sectores económicos, esta divergencia tan marcada entre dos niveles de productividad, que produce una consecuente dualidad en los tipos de cambios, y que distorsionan por completo las relaciones entre la economía venezolana y el resto del mundo, constituye, tal vez el problema esencial que confrontamos actualmente; si asumimos, por supuesto, como hipótesis de trabajo, que se desea desarrollar una economía no petrolera. La “Siembra del Petróleo” puede ser entendida de dos maneras: podemos utilizar el ingreso petrolero para subsidiar una industria altamente protegida e ineficiente o podemos utilizarlo para desarrollar aquellas actividades en las cuales tengamos ventajas comparativas, a fin de integrarnos en un mercado mundial que será cada vez más hostil a las economías aisladas.

5- La influencia del Petróleo sobre la Tasa de Salarios

Con los salarios ocurre algo perfectamente análogo a lo que venimos analizar para la tasa de cambio. Tanto, que podríamos simbolizar en el paralelismo existente entre ambos procesos el núcleo esencial del cual depende el futuro de la economía venezolana.

Como corresponde a una industria de elevada productividad, el nivel de salarios que pagan los petroleros es muy alto en relación a lo que puede pagar el resto de nuestras industrias y, en especial, el sector agrícola. Pero los salarios de la economía no petrolera de ninguna manera pueden ser proporcionales a su baja productividad. Por dos razones: porque el nivel de las remuneraciones de PDVSA y sus filiales se transmite a los demás sectores vía la contratación colectiva y la presión sociopolítica; y porque el abundante ingreso fiscal generado por los hidrocarburos permite (o al menos permitía) subsidiarse a las otras

actividades, que así pueden pagar salarios más altos. El elevado proteccionismo capaz de proporcionar a dichas actividades un mercado cautivo y la libertad para elevar indiscriminadamente los precios, completan el amplio espectro de mecanismos garantes de un nivel de salarios reales no petroleros cercanos a los que pagar nuestra industria matriz.

Esta marcada distorsión del mercado laboral (entre otras causas) hace que la competitividad de nuestra industria tradicional en los mercados internacionales sea prácticamente nula, a no ser que se establezca para ella un tipo de cambio exageradamente subvaluado (con lo cual, por otra parte, aparece nítida la conexión entre tasa de cambio y tasa de salario).

La industrialización venezolana ha sido, en lo fundamental, un proceso por lo cual el petróleo subsidia empresas ineficientes para que así estas puedan pagar salarios que no guardan relación con su productividad. De esta forma, nuestra producción no tiene mayores posibilidades de competir internacionalmente. Y en tales condiciones una política destinada a incrementar la competitividad mediante los desgravámenes arancelarios tiene que ser vista con cautela.

6.- Las Perspectivas de la Economía Venezolana

Solo nos resta lo más importante, establecer la conexión entre dos factores analizados, la cultura de izquierda dominante en el país por un lado y el conjunto tasa de cambio-tasa de salario por el otro.

Para ello conviene bosquejar brevemente lo que podrían ser las dos posibles estrategias que tienen ante sí la economía venezolana.

6.1. Una es, a grandes rasgos, la misma que ha predominado en los últimos cuarenta años, mantener estrictos controles de precios, de la tasa de interés, de la de cambio, etc. Seguir proporcionando bienes gratuitos y empleos artificiales,

creyendo que así se mejora la distribución del ingreso. Y, por supuesto, expandir el gasto público, “pisar el acelerador”, para que el crecimiento de la demanda agregada reactive la economía; todo ello manteniendo la actual estructura de tipos de cambios, con lo cual, dado que nuestra tasa de inflación seguirá siendo superior a la de los países desarrollados, el bolívar se sobrevaluara rápidamente. Esta sobrevaluación permitirá importaciones cada vez más baratas en términos relativos, pero liquidara cualquier posibilidad de competir que pudiese tener nuestra economía. La expansión de las importaciones generara presiones sobre la balanza de pagos que, en un primer momento serán soportables por cuanto disponemos de un amplísimo margen de reservas internacionales. Pero transcurridos dos o tres años en tales condiciones, y tomando en cuenta la presión permanente que sobre nuestras cuentas externas ejercerá el pago de la deuda, la balanza de pagos empezara a confrontar problemas, con lo cual (y aun suponiendo que entretanto se haya establecido un control de cambio más estricto que el actual) estaremos, para 1988, ante la necesidad de una nueva devaluación.

6.2. La otra estrategia supone cambios significativos. Supone apelar a la idea de ventajas comparativas, para detectar aquellos sectores (no petroleros) en los cuales, con una moneda adecuadamente subvaluada tengamos alguna posibilidad de competir internacionalmente. Esta estrategia tendría sentido si la subvaluación es aprovechada para incrementar la productividad, en cuyo caso el énfasis en los sectores o actividades con potenciales ventajas comparativas sería decisivo.

Si estos incrementos no se producen y la competitividad se establece permanentemente sobre la base que proporciona la subvaluación, nada habremos hecho.

Una política económica como esta supondría además un control estricto de la inflación a fin de que el salario real no sufra caídas significativas, con lo cual se podrían evitar aumentos en los salarios nominales que, dado lo señalado en el punto 5, serían fatales para cualquier esfuerzo de competir internacionalmente. El control de los salarios contribuirá a su vez a frenar la inflación, facilitando así el mantenimiento de la subvaluación del bolívar, que permitirá a su vez la integración de Venezuela en la economía mundial.

El freno a la expansión de los salarios nominales puede ser compensado con creces (para el conjunto de las clases de bajos ingresos) por los incrementos en el empleo que produciría el aumento de la competitividad de nuestra industria.

Ello no ocurriría de inmediato por cuanto las distorsiones en los precios relativos que se han acumulado por décadas no son fáciles de corregir y requieren de un periodo de reajuste que bien puede durar uno o dos años.

6.3. Es evidente que la primera de estas dos alternativas, más allá de un período inicial de recuperación, condena a la economía venezolana a seguir vegetando al calor del petróleo ; a seguir acumulando tensiones que serán desahogadas de tiempo en tiempo por nuevas devaluaciones.

Basta comprender lo que significa un proceso de inflación con tipo de cambio fijo, el síndrome de muchos países subdesarrollados y al cual nos condena la primera alternativa, para entender que una de nuestras escasas posibilidades de crecimiento económico real es aumentar la competitividad externa de aquellas industrias que puedan tener ventajas comparativas. Inflación con tipo de cambio fijo supone sobrevaluar la moneda y liquidar de un solo trazo cualquier posibilidad de desarrollo de los sectores no petroleros.

6.4. Pero es también evidente que nuestra bienamada cultura de izquierda estimula una de estas dos alternativas y bloquea la otra. ¿Cómo pedirle a un izquierdista, populista o simplemente a un político de oposición, pertenezca al partido de gobierno o no, y por mucho que ello haya ocurrido en 1974 y en 1980, que comprenda que un aumento general de salarios, lejos de beneficiar a los obreros terminara perjudicándolos? Es tanto como pedirle a un keynesiano, que acepte que el pleno empleo logrado a base de trabajo improductivo sólo puede causar distorsiones a la economía; que renuncie al expedito mecanismo de reactivar expandiendo el gasto público, aunque ello genere inflación; o, en un plano más teórico, que razone en términos de precios relativos, costo de oportunidad y ventajas comparativas, categorías estas para las cuales no fue diseñada la macroeconomía keynesiana. Es como pedirle al marxista que comprenda que proveer servicios gratuitos a los pobres, por paradójico que parezca, empeora la distribución del ingreso.

Pensar en una estrategia económica alternativa para Venezuela supone pensar en una cultura distinta; centrada en las ventajas comparativas, la competencia, la no gratitud, el costo de oportunidad, las productividades marginales, los precios relativos etc. Esta cultura no existe entre nosotros pero hay buenas razones para ser entusiastas, para pensar que podemos contribuir a desarrollarla.

II.- LAS CAUSA DE LA CRISIS ACTUAL:

POLITICA ECONOMICA O MODELO DE DESARROLLO

Ponencia presentada por el Dr. Emeterio Gómez, Director de Postgrado de la FASES, en el Seminario “La Crisis: responsabilidades y salidas” organizado por la Cátedra “Pío Tamayo” y el Centro de Estudios de Historia de la UCV.

Las consecuencias previsibles que la actual sobrevaluación del dólar puede tener para la economía norteamericana, tal vez hagan renacer las esperanzas de aquellos que secretamente siguen soñando con la crisis final del capitalismo, con el “derrumbe del sistema”. Esta mentalidad ingenua que nos ha sido inculcada desde niños y según la cual el capitalismo está condenado irremisiblemente a “destruirse a sí mismo”, nos ha distorsionado profundamente el significado de la palabra crisis. Ella expresa, para los economistas acostumbrados a la forma cíclica de ser del capitalismo, una etapa perfectamente normal y lo que es más importante, perfectamente superable del proceso económico. Para otros, por el contrario, la crisis es una manifestación nefasta de los vicios y deficiencias del capitalismo. Aquellos saben que son inevitables siempre que se desee mantener un régimen de libertades individuales; estos sueñan aún con un sistema económico en el cual la planificación haya permitido superar la crisis.

La actual exagerada sobrevaluación del dólar permite reconstruir, para fines pedagógicos, como funciona ese concepto de crisis a partir del cual es fácil concluir que la única salida es la transformación del sistema, su sustitución por uno superior en el cual aquel flagelo habría sido eliminado.

Esta noción de la posibilidad de eliminar las crisis va asociada a todo universo conceptual en el cual la planificación juega un papel decisivo y cuyas ramificaciones más profundas no podemos analizar aquí. Al respecto, cabe sin embargo destacar que un análisis detenido podría detectar la persistencia de una vieja conexión entre las libertades individuales, el funcionamiento de un mercado y la inevitabilidad de una crisis.

La ya mencionada sobrevaluación del dólar, que subsidia en un 30% a las importaciones y pecha en otro tanto a las

exportaciones, amenaza con destruir la producción norteamericana, imposibilitada de competir en esas condiciones. Aparece aquí en vivo y directo, “la incapacidad de la economía capitalista para sobrevivir”; aquella contradicción interna irresoluble de la que habla la tradición. Si el valor del dólar cae en los próximos meses, la inflación interna sería insoportable y las tasas de interés volverán a los elevados niveles de hace algunos años; y si no cae, la quiebra de empresas será incontenible y los niveles de proteccionismo a los que tendrían que llegar aislarán por completo la economía norteamericana. Para los economistas progresistas de antaño se trata de los primeros indicios del derrumbe para nosotros, es fascinación de palpar como se puede “leer” de maneras tan diversas la misma realidad. Lo que constituye la forma normal de ser del capitalismo, ese estar permanentemente en el filo de una navaja, ese Scila y Caribdis que obliga a la política económica a tener que escoger permanentemente entre males alternativos y no entre las dos ilusiones más bellas que uno pueda imaginar, es presentado por algunos como una “contradicción inherente al sistema”.....como algo que “habían previsto y que venían diciendo desde hace tiempo”. Para ellos estamos ante una crisis estructural; para los economistas que han aceptado la manera de ser del capitalismo, esta crisis es solo un reajuste normal que puede corregirse aplicando los mecanismos más elementales y ortodoxos de la política económica.

Moral Versus Economía

En la imaginaria de algunos sectores de la población, los principales culpables de las crisis que sufre Venezuela son los capitalistas que, mostrando cuán poco patriotas son, sacaron sus dólares fuera y especularon hasta la saciedad apostando a la devaluación. En ese fascinante juego de buscar culpables, podría pensarse sin embargo que el verdadero

culpable es el gobierno por haber aplicado una política económica absurda, que genialmente alentó la salida de capitales porque ello le permite controlar la inflación.

En un nivel más profundo de culpa, la verdadera culpable es nuestra cultura, esa mentalidad de nuestros gobernantes y economistas que acepta un régimen capitalista de producción, pero quiere que funcione con una lógica y una moralidad que no son las suyas.

Aquel acto heroico de publicar en la prensa la lista de los que compraron dólares antes del 18 de febrero de 1983, pasará a la historia como la expresión más sublime de nuestra mojigatería, de cómo queremos mezclar capitalismo moderno y mentalidad aldeana. Afortunadamente, la tal lista permitió sondear hasta donde ha cambiado nuestra sociedad en el sendero de crear las bases para una cultura mercantil: mucha gente se lamentaba públicamente de no estar en la lista supuestamente vergonzosa y algunos de los que estaban se atrevieron a asumirlo públicamente.

¡Cuan ingenuo en lugar de patriótico es haber tenido bolívares en aquel entonces y no haber comprado dólares!. Exhortar moralmente a la gente para que no lo haga, es casi tan absurdo como pedirle a alguien que pueda comprar la misma mercancía a dos precios diferentes ¡que se incline por el más elevado!

Hay una moral del capitalismo, peligrosa, cortante, difícil de aceptar. Pero nada tan peligroso en el propio plano ético como la hipocresía de querer sustentar una economía capitalista en una moral católica, medioeval, "patriótica". Esta dualidad fue solo en una pequeña medida culpable de la crisis actual; pero será el culpable esencial, de que no podamos construir una prospera sociedad capitalista. En ella la especulación y la sobrefacturación son inevitables: compete al Estado a través de la política económica y no de las exhortaciones morales ponerles freno. No por la represión,

aunque ella podría llegar a ser inevitables en algunos casos extremos, sino por la instauración de una lógica económica. De un marco macroeconómico favorable en el que aquellos males no tengan cabida. ¿Es inmoral el contrabando cuando el margen de ganancias que genera proteccionismo compensa el riesgo de la ilegalidad?, ¿lo es la comisión cuando la permisología asfixia?

LA CONTRADICCIÓN ENTRE POLÍTICA ECONÓMICA Y PROYECTO DE DESARROLLO

Desde cierto punto de vista, uno de los principales culpables de la crisis es la adhesión a algún modelo de desarrollo, a un proyecto estratégico de sociedad. Es, para ser más exactos, la contradicción entre las necesidades de la política económica, cuya esfera de acción es el corto y al sumo mediano plazo y la sujeción a un proyecto de desarrollo a largo plazo. ¡Nada más nefasto que tener un modelo de desarrollo!

Esta última frase es por supuesto retórica, pero esconde una verdad muy sólida: la subordinación que puede llegar a establecer entre un modelo de crecimiento económico y el manejo adecuado de la política económica. Es una sociedad capitalista y tal como puede deducirse de la naturaleza misma del mercado, cualquier proyecto de crecimiento a largo plazo está estrictamente subordinado a las necesidades (de mediano y corto plazo) de la política económica. Cuando ocurre lo contrario, cuando supeditamos la solución de los problemas coyunturales al mantenimiento de una estrategia determinada, los resultados pueden ser desastrosos. El Chile de Pinochet es un magnífico ejemplo de cuánto daño puede producir la preeminencia de la ideología sobre las exigencias de la política económica. Desproteger por completo una economía, sólo porque el modelo exigía el más absoluto librecambismo, fue una forma

trágica y torpe de olvidarse de las restricciones que imponen las realidades concretas.

Esta eterna contradicción entre proyecto y coyuntura, nos recuerda siempre viejas lecturas sobre la guerra civil española. Los anarquistas, aplastados por una conciencia pura que les imponía la necesidad de ser fieles en cada instante al modelo de la sociedad que se habían propuesto alcanzar, se dedicaban a impulsar la reforma agraria y a inculcar en la gente el espíritu libertario...en plena contienda. Que recordemos, este ha sido el más grande ejemplo de menosprecio por las necesidades y restricciones que impone el corto plazo.

La Gran Venezuela de Carlos Andrés Pérez, aquella pretensión de lograr a toda costa un elevado crecimiento económico, aún cuando ello significase la ruptura de los equilibrios básicos (monetario, fiscal y externo), es decir, aún cuando para ello hubiese que dejar de lado las normas más elementales de política económica, es otro buen ejemplo de esta supeditación a largo plazo.

En una sociedad capitalista y en general para una economía de mercado, el modelo de desarrollo es tan solo una tenue guía, una orientación muy general y abstracta que sirve de brújula y nada más. El pivote sobre el que se organiza todo es el mantenimiento de los equilibrios básicos de corto y mediano plazo, aún cuando ello implique el alejamiento en el tiempo de las metas que el "modelo" propone. Crecer económicamente no puede ser más importante que mantener una economía en equilibrio, por inestable y cambiante que esta sea. O, dicho en otras palabras, un crecimiento sano tiene que pasar por mantener algún nivel de equilibrio entre los agregados básicos. Esta reversión de valores, que coloca en primer plano el mantenimiento del equilibrio y arremete contra el mito sacrosanto del crecimiento económico, es un elemento clave a los fines de

definir la clase de cultura económica, es un elemento clave a los fines de definir la clase de cultura económica que se requiere para construir una sociedad capitalista. Por cuanto sus fundamentos son de carácter mercantil, por definición, en este tipo de sociedad el crecimiento tiene supeditado al equilibrio.

Atar la política económica a un modelo de desarrollo esa actitud nefasta que hundió a Allende en Chile y cuya negación permite hoy a Mitterrand sobrevivir, genera tensiones en una economía mercantil que no puede ir más allá de ciertos límites. Este es muy claro y muy restringido en un régimen democrático pero existe aún en las más férreas dictaduras como la de Pinochet. En una economía de mercado el Producto Territorial Bruto es una resultante espontánea, cuyo nivel expresa el crecimiento que fue posible luego de haber conciliado intereses y variables económicas, luego de haber mantenido un compendio de equilibrios que garantice un nivel aceptable de tensión social. Para la noción de crecimiento económico que ha dominado en América Latina por treinta y cuatro años, el P.T.B. es una meta que se fija por adelantado y para cuyo logro no importa someter a la economía a cualquier género de presiones.

Los americanos pueden permitirse hoy elevados déficits fiscales y de cuenta corriente, porque tienen un abultado superávit en cuenta capital y una política monetaria fuertemente restrictiva. En el 74-79, por el contrario, los tres sectores básicos de la economía, el monetario, el fiscal y la balanza de pagos se desequilibraron. El afán de lograr el crecimiento aplastó allí las necesidades de la política económica. Sólo hacia 1977, cuando ya era muy tarde, se impuso la sensatez y se inició una política de enfriamiento, cuyos nefastos efectos (causados en gran medida por el

recalentamiento previo) tuvo que cargar el gobierno siguiente.

EL IRRESPECTO A LA LOGICA ECONOMICA

Culpable también de nuestra crisis el irrespeto o desconocimiento de la fuerza contenida en la lógica económica y de los devastadores efectos que puede producir la violencia de los principios básicos sobre los que funciona una economía. Dos mecanismos conducentes a ello habían de ponerse en marcha entre 1974-1979; nos referimos a la exacerbación del subsidio y del empleo improductivo. Cualquier economía capitalista puede sanamente soportar un cierto margen de ambos; pero pasado este límite, las distorsiones que se generan pueden dejarse sentir por muchos años.

Los niveles alcanzados por los subsidios y el empleo improductivo en aquel período, algo tienen que ver con la crisis que hoy vivimos.

LA CARENCIA DE POLITICA ECONOMICA

Para implementar a corto plazo la sustitución de importaciones en los sesenta y la Gran Venezuela en los setenta (nuestros dos grandes modelos de desarrollo) no germinó nunca una adecuada experiencia o pericia en el manejo de la política económica. La abundancia de recursos hacía que esta fuese prácticamente innecesaria, pues cuando todo puede ser resuelto “a realazos”, no se genera la presión suficiente que obligue a racionalizar las decisiones económicas.

Por quince o veinte años nos limitamos a un cómodo proteccionismo administrativo o arancelario, a controlar precios, expandir el gasto público, subsidiar tanto como fuese necesario y a una que otra combinación simple de algunas de estas medidas. Durante todo ese largo periodo que media

entre la crisis de principios de los ochenta, financiera o antiinflacionaria no puede ser más pasiva o mecánica.

En el periodo de Luis Herrera Campins, todas las carencias en el manejo de la política económica estallaron. Los proyectos de desarrollo fueron abandonados para intentar manejar el corto plazo, con el único instrumento que se le puede manejar, con políticas económicas pragmáticas. Los resultados difícilmente pudieron ser menos desastrosos, pues a todos los problemas acumulados en los cinco años anteriores se agregó una impresionante inexperiencia en el manejo de la política económica, visible en aquellas marchas y contramarchas, en aquel ir y venir de la liberación de precios acompañada de una expansión fiscal desbordada y de un contradictorio afán por controlar la inflación.

La crisis que estallo el 18 de febrero del 83 tiene una indiscutible fundamento estructural sobre el que volveremos más tarde, tiene también un componente externo que por su propia naturaleza exógena podemos dejar de lado, pero fue esencialmente una crisis coyuntural producto de diez años de mal manejo de la política económica y de la supeditación de ésta al proyecto de desarrollo a largo plazo. Esto último referido específicamente al periodo 74-79. Es una crisis que poco ha tenido que ver con nuestras deficiencias estructurales; que pudo haber sido evitada o en todo caso sustancialmente suavizada con un manejo más adecuado del corto plazo; y que no guarda relación con el "agotamiento de ningún modelo de desarrollo".

No parece provenir de la estructura, en efecto, el dejar que las importaciones lleguen a ser el 40% del PTB como ocurrió en 1977; permitir el endeudamiento masivo a corto plazo, de los entes de la administración pública descentralizada para financiar obras de largo plazo; propiciar que el empleo público se duplique o triplique en 5 años, sólo porque nuestro modelo de desarrollo tenía el pleno empleo entre sus metas; o

construir en cuatro años obras gigantescas que requerían quince o veinte, si hubiesen sido ejecutado a un ritmo normal, sin pensar siquiera por un instante en nuestra capacidad portuaria o en los desajustes estratégicos que introduciríamos en el mercado laboral.

De esta crisis coyuntural podemos salir, tal como ocurrirá si no lo impide un factor exógeno (una caída exagerada de los precios del petróleo o de la imposición de un aumento general de salarios) mediante un manejo de la política económica y un respeto riguroso de la lógica mercantil. Cuando los ingresos petroleros cayeron sustancialmente en 1982, el gasto interno debió reducirse proporcionalmente. Luis Herrera Campins, manipulando descaradamente la economía con fines electorales, cerró los ojos ante este elemental precepto macroeconómico, rematando así con broche de oro cinco años de inenarrables torpezas. El gobierno actual, hasta hoy, ha dado muestras claras de haber asimilado la lección de la década anterior: la lógica mercantil tiene que ser respetada y el manejo eficiente de la política económica en el corto plazo no puede ser sacrificado en el altar de un proyecto estratégico.

EL MANTENIMIENTO DE LOS EQUILIBRIOS BASICOS

Una mala interpretación de las ideas de Keynes, acoplada a muchos otros esquemas de diversas procedencias, difundió en toda la América Latina el poderoso mito del crecimiento económico. Para alcanzar este, bastaba con que el Estado expandiese permanentemente y a largo plazo la demanda agregada, Keynes había acertado al plantear que a corto plazo es posible manipular la demanda expandiendo la masa monetaria o incurriendo en déficits fiscales. Pero también había previsto que en dos o tres años, cuando el crecimiento de la economía lo permitiese, había que compensar aquellos desequilibrados con otros de signo contrario, con superávits

fiscales y restricciones en la masa monetaria. La desesperación por resolver los problemas inmediatos condujo al abuso de tal esquema, creyendo que los déficits se podrían acumular al infinito y que la masa monetaria tenía que crecer indefinidamente. En este último caso se puede observar con claridad lo que podríamos llamar la “aberración del crecimiento”; en una economía sana, la ampliación de la liquidez debe ser una consecuencia de la expansión de las actividades reales; en las versiones distorsionadas de Keynes, en cambio, se ha convertido en motor de crecimiento. Hay que aumentar la liquidez para crecer y luego hay que aumentarla porque crecimos y así sucesivamente, hasta que la inflación y la estanflación revienten.

Desde algunos años, en los países desarrollados se restableció la sensatez y, con el actual gobierno, a ratos pareciera que va a restablecerse entre nosotros. Hoy empezamos a darnos cuenta que la necesidad de mantener los equilibrios que una economía de mercado exige, está por encima de cualquier ilusión reactivacionista o crecientista. Empezamos a entender que aquel sueño (del propio Keynes en este caso y no de la tradición que le siguió) por el cual era deseable bajar la tasa de interés tanto como fuese posible, para incentivar la inversión y producir “eutanasia del rentista”, no pasó de ser una idea febril. Empezamos a entender que la baja de la tasa de interés produce también un desestimulo estratégico en el ahorro, que bastaría por sí sólo para destruir la economía capitalista; y que, después de todas las hermosas ilusiones que esa fuente inagotable de utopías que fue el siglo XIX produjo, hemos de aceptar que el cobro (o al menos la producción) de una tasa de interés no solo es inherente al régimen mercantil de producción, sino que de alguna forma es indisociable de la naturaleza humana.

Pero el equilibrio entre ahorro e inversión, no es el único que se establece alrededor de la tasa de interés. Hemos

descubierto, maravillados, que hay tasas activas y pasivas; y, por si fuera poco, crédito comercial e hipotecario; y préstamos a corto, mediano y largo plazo; y que la tasa de interés, además de mantener un equilibrio entre todos estos elementos, debe guardar una delicada relación con la tasa de inflación, la de cambios, la de salarios, etc.

Por si faltase algo, hay que cuidar permanentemente el diferencial entre las tasas internas y externas de interés. Y el tipo de cambio debe a su vez guardar una estrecha relación con la tasa de inflación y esta con la de salarios.

A lado de estos equilibrios estrictamente económicos, hay que mantener también un cierto balance entre los distintos sectores sociales y grupos de presión; entre los empresarios y los obreros, los comerciantes, los industriales, los agricultores, entre todos estos y los banqueros, etc. Si después de conciliar estos intereses queda algo de energía, tendrá que ser para cuidar de los consumidores y sólo entonces, si resta algo, podrá pensarse en cómo va el "modelo de desarrollo", podrán volverse los ojos hacia el crecimiento económico.

La política económica tiene que ver con todos estos equilibrios, tiene que ver con el logro de una compleja y delicada combinación de ellos. El que podamos salir de esta pequeña crisis depende de cuan rápidamente aprendemos a conciliar intereses opuestos que lo mismo operan entre variables económicas o entre grupos de presión. El que podamos alcanzar el verdadero crecimiento económico, en cambio, depende de hasta donde entendamos que vivir en democracia es precisamente y antes que nada conciliar estos diversos intereses.

EL COMPONENTE ESTRUCTURAL DE LA CRISIS

El estructuralismo carece de sentido a los fines de orientar la acción individual o colectiva de los hombres. Es la antítesis de la política económica, siendo esta la única posibilidad que tenemos de influir sobre los procesos económicos reales.

Aquella vieja consigna del “cambio de estructuras”, entendida como la posibilidad o facultad de los hombres para producir volitivamente transformaciones sociales profundas, es hoy tan solo una delicada nostalgia. Es un bello recuerdo de los tiempos en que no sabíamos que el socialismo real estaba lejos de ser “algo nuevo bajo el sol” y no se había frente al holismo la poderosa noción popperiana de ingeniería fragmentaria. El predominio del estructuralismo va estrechamente asociado al menosprecio y al desconocimiento de todo lo que significa el manejo de la política económica; y empalma fácilmente con la idea de Proyecto de Desarrollo. Conociendo las deficiencias estructurales de una economía y creyendo que gracias a nuestra acción volitiva estas podían ser superadas, nada más tentador que diseñar un proyecto de la sociedad que queremos y lanzarnos valientemente a construirla. Se trataba tan solo de fijar las metas, las principales y las secundarias; los medios para lograrlas, los recursos disponibles, las clases sociales beneficiarias del proyecto y aquellas que serían perjudicadas, etc. Era la planificación del Desarrollo, ese engendro que tanta tinta hizo correr y tanta pupila desgastó antes de ser puesto al descubierto.

Venezuela vive es cierto una crisis estructural. Tenemos un Estado tan grande como ineficiente y somos una economía capitalista salvaje y primitiva; sometida como diría Marx, a un proceso de “acumulación originaria” que se desarrolla vorazmente a través de la corrupción, la especulación, la conclusión y toda una infinita gama de afines. Requerimos ciertamente un “cambio de estructuras” que produzca los mecanismos políticos, jurídicos, institucionales y económicos capaces de permitir el desarrollo de una sociedad capitalista moderna; donde la corrupción haya sido reducida a su óptimo en términos de beneficio-costos sociales; y donde el mecanismo mercantil se haya desarrollado para la

producción de bienes y servicios y no para la compra venta de boletas de excarcelación, que paradójicamente tienen un “precio de mercado” establecido por la oferta y demanda de conciencias corruptas.

Concebida así la “crisis estructural”, se establece también una clara conexión entre ella y la idea de “modelo de desarrollo”, a condición de que redefinamos también este concepto. En lugar de fijar metas y planificar el crecimiento para crear volitivamente la sociedad ideal que queremos, el modelo de desarrollo puede ser algo mucho más sencillo, una tarea “a escala humana” que los hombres sean capaces de realizar por cuanto no supone una transformación holística de la sociedad. Se trata de crear las condiciones para que florezca una sociedad capitalista moderna; lo único que pareciera hoy tener sentido como modelo de desarrollo. Una en la cual el Producto Territorial Bruto, como ya señalamos, será un resultado perfectamente espontáneo de un proceso demasiado complejo para que podamos cuantificarlo, dirigirlo y preestablecerlo a priori y no una meta para cuyo logro estamos dispuestos a exigir cualquier esfuerzo a la población aun riesgo de reventarla. Es la negación de esos absurdos a los que a veces se llega para alcanzar el pleno empleo o aquella desenfrenada zafra de los diez millones de toneladas de azúcar.

La crisis estructural, tal como la hemos definido, poco tiene que ver con la coyuntural que antes analizamos, en cuanto sus causas y a su desarrollo atañe. Pero los dos procesos pueden conectarse en lo que a su solución se refiere. La crisis coyuntural que vivimos puede ayudarnos en la difícil tarea de crear las bases para convertir a Venezuela en una economía capitalista moderna; pero puede también, si no se toman las medidas necesarias, reforzar el capitalismo primitivo que hoy tenemos.

III.- LA SOCIALDEMOCRACI, EL SOCIALCRISTIANISMO Y LA CULTURA DE LA IZQUIERDA

III. 1 – AD Y COPEI EN AMERICA LATINA

Contra lo que pudiere pensare, la confrontación entre el socialdemocracia y socialcristianismo, nuestra pelea local, parece que fueses a extenderse por toda América Latina. Las convulsiones que sufre Centroamérica, desde hace tiempo dan calor al predominio de estas dos corrientes; y más recientemente la posibilidad de que surja un partido socialcristiano en Argentina a raíz de la división del peronismo (dando por descontado que el radicalismo asumiría allí la representación de la socialdemocracia) son todas buenas razones para alentar las esperanzas de ambas doctrinas de repartirse la escena política latinoamericana.

Decimos que esto ocurre contra lo que pudiera pensarse, porque el florecimiento de esta pareja al sur del Río Grande, se estaría produciendo cuando en Europa, que ha sido su hábitat natural, ambas corrientes entran en un proceso de franca decadencia, de agotamiento ostensible.

Las muestras de tal agotamiento son demasiadas como para que perdamos tiempo en ellas. Tienen que ver con la demolición final de las ilusiones socialistas en Francia y España, con la clara evolución del socialcristianismo alemán hacia posiciones neoliberales y el endurecimiento italiano frente al populismo que se puso recientemente de manifiesto cuando, por referéndum, la población dijo “no” a un aumento de salarios.

Más que a estas manifestaciones exteriores de la crisis del llamado “pensamiento social”, vale la pena referirse a las posibles causas del fenómeno. Para ello conviene detenerse en lo que ha sido sin dudas el rasgo esencial, definitorio, de ambas corrientes aquél del cual derivan sus nombres, el predominio de la dimensión social de lo humano en sus

enfoques; o, para decirlo en términos que podrían ayudar a comprender mejor qué son la socialdemocracia y la democracia-cristiana y por qué ambas confrontan problemas, el menosprecio absoluto, el desconocimiento de la dimensión de lo humano.

Hablamos de “desconocimiento” aquí en el doble sentido que a esta palabra suele darse. Ambas corrientes, aunque tal vez aún menos el socialcristianismo, tienen muy poco conocimiento de la teoría económica. Y a este no-conocimiento, muy comprensible puesto que las dos doctrinas se desarrollan en un periodo (1920-1970) de profundo reflujo de la economía neoclásica, se agrega el desconocimiento en el sentido de menosprecio, de no reconocer, de no dar la menor importancia a las prescripciones a una ciencia construida a partir de la noción de escasez.

Producto de estas dos acepciones del verbo “desconocer”, es esa fascinante sensación que estos hombres logran transmitirnos cuando hablan de economía: es como si la teoría económica nunca hubiese existido. Keynes y Dios asumen más o menos las mismas dimensiones; el primero se yergue convertido en un absoluto y el segundo desciende hasta los mortales para aplastar la escasez bajo el peso del amor, la comprensión y la caridad. Y los que se han gastado la vida arañando a Smith, Marshall, Hicks, o Gary Becker, llegan a sentir que han perdido miserablemente el tiempo. El socialdemócrata dice ufano “empleo seguro para todos; y, salarios” y el socialcristianismo lo secunda presto, con ese inefable “la economía sólo tiene sentido si está al servicio del hombre”. Al toparse, ambos se hermanan para afirmar que únicamente a los reaccionarios puede ocurrírseles pensar en la teoría económica y en la escasez.

Estas dos corrientes políticas se definen pues, por esa pretensión poderosa a partir de la Primera Guerra Mundial, de

colocar la dimensión social del hombre no sólo por encima, sino en lugar de su dimensión económica. El “welfare state”, los programas de ayuda social y el pleno empleo hicieron que durante cuarenta o cincuenta años la humanidad se olvidaría por completo de un pequeño detalle, a saber, la fuente inagotable de la cual saldrían los recursos para financiar tan hermosos ideales.

En todo este periodo, demasiados factores favorables se dieron cita para impulsar a la socialdemocracia y al socialcristianismo. Además de la ya mencionada debacle de la teoría económica neoclásica, bastión inigualable para la defensa de una concepción de lo humano en la cual la escasez juega un papel decisivo; el crecimiento arrollador del Estado en occidente y el avance incontenible del socialismo (1917-1949) en el Este, colocaban en el lugar privilegiado a las doctrinas políticas que daban primicia a lo social. El auge que llegó a tener algo tan irrealizable como la “propiedad comunitaria”, rescatada posteriormente por socialcristianos latinoamericanos, no es del todo ajeno a la posibilidad de que el “fantasma del comunismo” cobrase cuerpo en la Unión Soviética.

Hoy estamos de regreso del sueño; hemos descubierto, una vez más, a lo largo de 3.000 ó 4.000 años, que la gratitud, cuando rebasa cierto límite, se convierte simplemente en un absurdo. Agotados ya el impacto y la ilusión producidos por el descomunal desarrollo de la tecnología en este siglo; ese mismo desarrollo que durante muchos años nos hizo creer en la abundancia (si no absoluta, al menos) plena era posible; volvemos la mirada hacia la teoría económica para redescubrir que, no importa cuán avanzada este la tecnología, los recursos siguen siendo escasos.

Socialdemocracia y socialcristianismo surgieron en una época en que la teoría económica de la escasez parecía pertenecer ya a la prehistoria de la humanidad. Hoy, cuando

ella resurge de sus cenizas, aquellas dos doctrinas sociopolíticas, si desean sobrevivir, tendrán necesariamente que proveerse de una teoría económica. Asumiendo por supuesto que, dados sus enfoques, ello fuese posible.

III.2- LA PENURIA DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

En un artículo anterior comentamos cómo el menosprecio o el simple desconocimiento de la dimensión económica de lo humano, en una época en la cual está cobra una vigencia creciente, condenan a la social-democracia y al socialcristianismo a la decadencia. Y como estas ideologías surgieron y acumularon éxitos en una época en la cual el enfoque "social" domino radicalmente la escena intelectual. Entiéndase entonces por social una concepción que excluía radicalmente la menor alusión al homo economicus, a esa dimensión signada por la escasez y por la inevitabilidad de tener que escoger entre opciones contrapuestas, que constituye (no obstante) una parte inseparable y esencial de lo humano.

Construidas sobre esta visión parcial del hombre, muy abstracta y en consecuencia muy pobre, nuestras dos ideologías tienen que estar sintiendo temblores en el piso, al entrar la humanidad en una etapa en la cual la idea-fuerza dominante es la reivindicación de las restricciones económicas que moldean el espíritu humano.

En este artículo nos dedicaremos a tratar de responder dos preguntas que permitan desarrollar esta idea; analizando por separado al socialcristianismo en tanto que en un próximo artículo haremos lo mismo para la socialdemocracia. ¿Qué impide a estas ideologías asumir la dimensión económica? Serían las dos preguntas que podrían guiar nuestra búsqueda. Pero antes de enfrascarnos en tan áridas cuestiones valdría la pena destacar que importancia podría tener todo esto para los socialcristianos venezolanos, lanzados como están en un proceso de revisión de sus bases doctrinarias. Hay al menos

dos formas de concebir y desarrollar un Congreso Ideológico. Una consiste en hacer un saludo a la bandera, un show publicitario que proporcione un punto de referencia y una justificación para diez o quince años. "Eso ya lo discutimos en nuestro Congreso Ideológico" o "para eso hicimos el C.I., compañero y Ud. Debió haber hecho allí sus planteamientos", serían algunas de las miles coartadas que el evento proporcionaría.

La otra forma de hacer el Congreso es la hermosa, la auténtica, el inventar la vida, el lanzarse a hurgar en la idea socialcristiana hasta dotar a la doctrina de ese halito capaz de entusiasmar a los jóvenes; a esa juventud nuestra, apática y vacía, que se muere de todo lo contrario que murió el quijote, de tanto no tener nada en que creer. Un enfoque de este tipo pasaría por algo tan elemental como presentar ponencias. ¡Estarán nuestros democristianos preparando un documento central acerca del gran viraje que la iglesia misma ha desarrollado contra la *Populorum Progressio*, una encíclica de 1967 enfilada contra el sistema capitalista?. De no ser así, el congreso corre el riesgo de acercarse peligrosamente a la primera de sus dos posibles formas.

Con alusión a este documento conectamos fácilmente con una de nuestras dos preguntas: ¿Por qué los socialcristianos están imposibilitados para captar la dimensión económica del hombre?. Se trata en realidad de una historia muy larga, pero al mismo tiempo muy transparente. Cuando en 1967 Pablo VI se lanza contra el capitalismo, no hace más que retomar una antiquísima tradición y línea de combate. La oposición medieval de la iglesia al cobro de intereses, al comercio y a cualquier manifestación de la sociedad mercantil es demasiado conocida para que invirtamos tiempo en ella. El gran cisma con el que Lutero sacudió los cimientos más profundos de Occidente, pasa por allí.

Tal vez, valga la pena comentar un pequeño detalle, ocurrido dos siglos después de la epopeya luterana e insignificante ante ella, pero que puede explicar igualmente la imposibilidad socialcristiana para captar el componente económico del alma humana. Adam Smith, fundador de la Economía Política escribió dos libros, la Teoría de los Sentimientos Morales y la Riqueza de las Naciones. En el primero intenta explicarse la sociedad y la economía a partir de los sentimientos más hermosos del hombre, la cooperación, la simpatía y la solidaridad. Aun alguien que no supiese nada de Smith, podría deducir que no fue esta la obra que lo convirtió en inmortal. A partir de los sentimientos morales no se puede entender la sociedad y, por supuesto, mucho menos la economía capitalista. Exactamente lo mismo que le paso al joven Smith les pasa hoy a nuestros socialcristianos; a partir de la caridad, la solidaridad y la comprensión, no se pueden tener de la sociedad mercantil y aun de cualquier tipo de sociedad, más que una pobre caricatura.

Para superar las limitaciones Smith escribió La Riqueza de las Naciones. La economía capitalista solo podía ser entendida a partir de lo que es su núcleo constitutivo, el egoísmo. Todo lo demás es cerrar los ojos para tapar el sol. “No le pidas al cervecero o al panadero que produzcan porque hay que satisfacer las necesidades humanas; recuérdales simplemente que obtendrán una ganancia”. Con un párrafo tan cruel e inhumano, la humanidad dio un monumental salto cualitativo en la comprensión de sí misma.

Cuando por el contrario se intenta hacer inteligible lo económico a partir del amor y la colaboración entre los hombres, se produce esa lastimosa caricatura que los socialcristianos llaman economía;” “la economía al servicio del hombre”, una lista de preceptos morales y de nobles

intenciones que habría de poner en práctica para lograr un mundo feliz.

La iglesia católica ha luchado desesperadamente desde la época de Lutero, atrapada en esta poderosa contradicción que el capitalismo genera. Por ello ha habido, contra la *Populorum Progressio*, una fuerte reacción, un significativo esfuerzo por recomprender que a pesar de todo, más allá del egoísmo y de la forma inhumana de relacionar a los hombres, el capitalismo es el sistema que mejor puede contribuir a satisfacer las necesidades de los pobres. Se trata de repetir el grandioso esfuerzo que Roma hizo durante los siglos XVIII y XIX. Pero el socialcristianismo no es exactamente la iglesia católica, es una doctrina política que tiene muchas más posibilidades de asimilar la contradicción entre la solidaridad y el egoísmo. Y estas posibilidades son en buena medida un problema de inteligencia e imaginación; cualidades presentes entre nuestros socialcristianos y que seguramente saldrán a la luz muy pronto. Porque en ello les va la supervivencia.

¿Qué consecuencias tendría el no darle rienda suelta a esa imaginación?. ¿Qué consecuencias conlleva, en Venezuela, la no captación de la dimensión económica del hombre?. Esta segunda pregunta es casi retórica; a los socialcristianos les ocurriría lo mismo que al Adam Smith de la Teoría de los Sentimientos Morales. Venezuela será cada vez más nítidamente una sociedad capitalista y pretender entender este tipo de sociedades a partir de principios y valores que no son aquellos con los cuales ella se organiza, no puede conducir más que al desastre.

III.3- ACCION DMOCRATICA Y EL COSTO DE OPORTUNIDAD

La presencia de Dios, del amor y la solidaridad; y esa tenaz negativa a aceptar el egoísmo como componente inevitable del espíritu humano; que influye poderosamente para producir una concepción en la cual lo que el hombre debería

ser impide ver lo que realmente es, son todos factores que confluye, tal como analizamos en un artículo anterior, para negarle a la ideología socialcristiana una comprensión adecuada de la dimensión económica de lo humano.

Los factores que se juntan para producir el mismo efecto sobre la socialdemocracia son de naturaleza muy distinta. Los papeles que Dios y la Iglesia desempeñan en el primer caso le corresponden a Keynes y al Estado en el segundo. Pero aunque los actores cambien, el problema en cierta forma es el mismo, es el maná cayendo gratuito, del cielo o de la banca central, poco importa a los fines prácticos.

Y sería una tarea ciclópea el determinar cual conjunto de factores es el más adecuado para borrar la economía del horizonte intelectual del hombre.

Dios es ciertamente omnipotente, pero hay que parar mientes en lo que Marx y Keynes, jugando para el mismo equipo, pueden lograr en el plano de la ideología.

La socialdemocracia tiene una inconfundible raigambre marxista; Engles y Marx mismo militaron en el partido Socialdemócrata Alemán, que sólo vino a deslastrarse definitivamente de esta influencia en el Congreso de Bad Godesberg en 1959. Tal filiación no podría ser más decisiva a los fines de desconocer la dimensión económica del hombre, que Marx ignora por completo al pretender explicarla prescindiendo (¡haciendo abstracción!) de la escasez. El autor del Manifiesto Comunista concebía a la ciencia económica casi como una invención de la burguesía, como una falsa conciencia destinada a ocultar la explotación.

Imposible encontrar nada más expresivo en este sentido, que el subtítulo que Marx puso a su obra cumbre, El Capital, Crítica de la Economía Política.

Pero no provino de allí la fuerza fundamental destinada a producir la negación de lo económico entre los socialdemócratas. Rápidamente el anacrónico profeta del

siglo XIX fue sustituido por Keynes, una versión mucho más moderna y digerible de lo mismo.

La necesidad de “destruir el capitalismo” fue sustituido por la de salvarlo, gracias a la masiva intervención estatal; aunque el fundamento siguió siendo el mismo que ha dominado la cultura occidental desde Rousseau, a saber, la extinción de lo económico, la bella utopía que hermana profundamente a cristianos, comunistas socialdemócratas. Independientemente de que los dos primeros estén conscientes de ello y los últimos no.

El que Keynes haya persistido en esta utopía, que en él se expresa a través de algo tan irrealizable como la “eutanasia del rentista”, es lamentable, porque a diferencia de Marx, cuando aquél escribe ya se ha producido el sistema de pensamiento que abre una nueva frontera a la comprensión de lo humano. A partir de las admirables intuiciones de Smith y Ricardo, envueltas todavía en las brumas del siglo XVIII, los neoclásicos habían desarrollado ya el espesor de la teoría económica.

Este desarrollo se montó sobre un pilar fundamental, el costo de oportunidad, que Marx desconoció en tanto que nunca tuvo noticias de él y que también Keynes desconoció, pero en el sentido de menospreciarlo, de dejarlo completamente de lado. Cuéntese que Joan Robinson, uno de los discípulos predilecto de este último, le pidió siempre que dedicara “los veinte minutos necesarios para entender la relatividad del valor, el costo de oportunidad”.

Este pecado original, la carencia de ese concepto clave, heredada directamente de Keynes, no sólo impide a la socialdemocracia la comprensión de lo económico, sino que la imposibilita para desarrollar una visión de la sociedad mucho más profunda que aquella a la que se puede acceder a través del gran economista inglés. Prescindir del costo de oportunidad es condenarse a una captación

mecánica y elemental del hombre. Lo que un bien cuesta dependerá entonces de la cantidad de materia prima, maquinaria y trabajo que se invirtió en él. Es la identificación entre costo y costo material que nos proporciona una visión rudimentaria de la economía, pero que facilita la intervención del Estado. Cuando lo económico se asocia con producir y distribuir bienes, algún mínimo de eficacia puede ser garantizado por dicha intervención.

Si el costo de un bien consistiese en kilos de materia prima y horas de trabajo, el Estado podría producir, más o menos, con la misma eficiencia que cualquier empresa privada.

A partir del costo de oportunidad, de esa trágica carencia de la Teoría General, de esos veinte minutos que el autor de esta obra jamás invirtió, emerge una visión radicalmente distinta de lo que es la economía y de lo que es el hombre. El costo económico (no el material) de un bien, nada tiene que ver con la materia prima y el trabajo que se requirieron para producirlo. Tienen que ver con el valor de aquello que se pudo haber producido en su lugar; con los usos alternativos que pudo haberseles dado a aquellos factores.

Para decirlo todo de una vez con un ejemplo, si dedico una parcela a la ganadería en el centro de una ciudad pujante, cada vez que vende un kilo de carne a un precio muy alto estaré perdiendo un dineral; su verdadero costo, no lo que pague por el alimento de los animales y los jornales de los obreros, será siempre superior al precio más alto que pueda obtener en el mercado.

La economía no parece ahora como la producción y distribución de bienes, sino del uso alternativo de recursos escasos. Una noción a partir de la cual se genera una comprensión completamente distinta del hombre. El costo de productividad permite acceder a una dimensión de lo humano radicalmente distinta de aquella que emana del costo material; una dimensión que barrunto Adam Smith pero

que solo llega a cobrar cuerpo con los neoclásicos; y que curiosamente, por oposición a lo que piensan los socialcristianos y socialdemócratas, tienden a identificarse con la dimensión social del hombre. Y es en todo caso, uno de sus fundamentos esenciales. Curiosamente nuestras dos ideologías, tal como hemos señalado en los artículos anteriores, contraponen lo social y lo económico, sin imaginar siquiera que el costo de oportunidad está a la base y genera la estructura del tejido social.

Cuando el valor de mi trabajo no depende mis habilidades, de los años que duró mi capacitación, ni de nada que tenga que ver con mi persona, sino de la oferta y la demanda que ejercen todos los demás seres humanos; cuando lo que yo valgo es una función de cuantos hay tan capaces como yo, cuantos requieren mis servicios y cuales otros servicios pueden ser sustitutivos de los que yo ofrezco; cuando todo esto ocurre (tal como parece que ocurre), la sociedad, el tejido social para ser más exactos, se constituye a partir del costo de oportunidad.

Y emerge entonces una dimensión del ser humano radicalmente distinta de la que solemos captar en la vida cotidiana. Emerge un hombre completamente fluido, un hombre cuyo valor económico y cuya naturaleza más profunda no están, no residen en él, sino que dependen de lo que todos los demás hombres hagan y sean. Una dimensión de lo humano que nada tiene que ver con ese hombre material de carne y hueso, que produce y distribuye bienes y del cual tendrá que deslastrarse la socialdemocracia si quiere acceder al futuro.

Colecciones de Monografías de CEDICE

1. NUESTRA HERNCIA MORAL
Friedrich A. von Hayek
2. KEYNES Y EL MONETARISMO ¿DOS EXAGERACIONES?
Fernando Salas Falcón
3. CAPITALISMO Y CRISIS ECONOMICA
Sven Rydenfelt
4. LIBERTAD ECONOMICA
Carlos A. Ball M.
5. TIEMPO DE CONOCER LA LIBERTAD
Carlos Rangel
6. LA TRAMPA DE LA CONGESTION
Pascal Salin
7. LA ECONOMIA INFORMAL
Hernando de Soto
8. LA ECONOMIA VENEZOLAN Y LA CULTURA DE IZQUIERDA
Emeterio Gómez
9. MARGINALIDAD: ¿CAUSA O EFECTO?
Jesús E. Rodríguez
10. LOS FUNDAMENTOS ECONOMICOS DEL
NEOLIBERALISMO
Fernando Salas Falcón
11. CONTROLES SOBRE LA PRENSA EN MEXICO
Luis Pazos
12. POLITICA SIN ROMANTICISMO
James Buchanan
13. REGULACION VERSUS LIBERTAD
Carlos A. Ball M.
14. SUBDESARROLLO Y MERCNATILISMO
Mario Vargas Llosa
15. LA INFLACION, CONCEPTOS GENERALES
Joaquín Sánchez Covisa
16. UNA EXPERIENCIA
Adan Celis

17. LA LIBERTAD
Eddo Polesel
18. LOS SISTEMAS ECONOMICOS CONTEMPORANEOS
Fernando Salas Falcón
19. LA ECONOMIA DE MERCADO EN ALEMANEA
Ludwig Erhard
20. EL OCASO DE UNA GRAN POTENCIA
Robert Kriebel
21. EL DESAFIO DE LA TEOLOGIA DE LA LIBERTAD
Armando de la Torre
22. CONQUISTAR LA LIBERTAD
Marcel Granier
23. CARLOS RANGEL Y LA MITOLOGIA POPULISTA
Leandro Cantó
24. LA FUNCION SOCIAL DEL EMPRESARIO
Juan Marcos de la Fuente
25. LA NECESARIA COHERENCIA DE LA POLITICA
ECONOMICA
Ruth de Krivoy
26. ¿Cómo GENERAR EMPLEO?
Juergen B Donges
27. CONVOCATORIA AL PAIS PARA VENCER LA
INFLACION
Enrique Auvert

